

## La pérdida inadvertida

*Estefania Carro Bianchi*

Mientras aprendemos a vivir, ocurre algo que pocas veces percibimos. Llegamos a un mundo que ya existe antes que nosotros, con sus nombres, sus valores, sus límites y sus expectativas. Un mundo que poco a poco nos enseña qué está bien y qué está mal, qué se espera de nosotros, cómo relacionarnos con los demás y qué lugar podemos ocupar.

Al hacerlo no solo aprendemos cosas, también vamos formando una manera de mirarnos. Aprendemos qué significa ser aceptados, qué merece reconocimiento, qué debe ocultarse, qué podemos expresar y qué conviene controlar. Sin darnos cuenta, aquello que inicialmente recibimos como una forma de orientarnos comienza a participar en la construcción de quienes creemos ser.

Hay algo que ocurre antes de todo eso. El cuerpo siente, necesita, busca contacto y responde antes de que podamos explicar lo que nos sucede. Primero está la experiencia, ese contacto inmediato con lo que vivimos, y solo después llegan las palabras, que nos permiten distinguir, comunicar y comprender. El problema no está en nombrar, sino en olvidar que la palabra viene después de aquello que nombra.



Cuando esto ocurre, dejamos de encontrarnos directamente con lo que sucede y comenzamos a relacionarnos con lo que creemos que está sucediendo. La idea que tenemos de algo se vuelve anterior a nuestra mirada; la explicación, anterior a la escucha. Ya no necesitamos detenernos frente a lo que aparece porque creemos reconocerlo antes de haberlo mirado realmente.

Con el tiempo, esa forma de relacionarnos con la realidad deja de sentirse aprendida. Se vuelve nuestra manera habitual de estar. Ya no experimentamos primero y comprendemos después, la comprensión llega incorporada a la experiencia. Lo aprendido se vuelve tan próximo que empieza a confundirse con lo propio.

Entonces no solo aprendemos a interpretar lo que sentimos y lo que vemos. Aprendemos qué merece ser sentido y qué merece ser visto. Aprendemos qué nos gusta, qué debemos temer, qué deseamos, qué rechazamos, qué mostramos y qué escondemos. Incluso aquello que llamamos experiencia personal puede estar atravesado por una educación silenciosa de la percepción.



La pérdida, entonces, no consiste necesariamente en dejar de sentir o de ver, sino en alejarnos de una relación directa con nuestra

propia naturaleza mientras seguimos creyendo que estamos en contacto con nosotros mismos.

Y ahí reside lo inadvertido. Lo que perdemos no es aquello que somos, sino el contacto con nuestra propia naturaleza y la posibilidad de vivir desde ahí. Lo natural sigue existiendo, pero hemos aprendido a mirar de tal manera que ya no podemos acceder directamente a esa experiencia. El filtro de lo aprendido se vuelve tan íntimo que dejamos de reconocerla. Perdemos incluso la referencia interna que nos permitiría distinguir lo propio de aquello que aprendimos a ser. Así, comenzamos a vivir y a expresarnos desde una construcción aprendida, tomándola por lo que somos. Y al no saber que hemos perdido ese contacto, tampoco sabemos que podemos volver a encontrarlo.

